

OTÓN. Anda, necio.
GILOTE. Vo á mudar el traje. Pardiós, que es vicio ser médico en el oficio. Otón, vamos á matar. (Vase.)

ESCENA VII

OTÓN. Sale GRIMALDO, y luego, OCTAVIA y GILOTE.

GRIMALD. Agora tengo de ver para lo que eres, Otón. Las armas ventura son, si méritos el saber; pues para aquestas no has sido, en las otras te aventaja. Gente humilde, pobre y baja por las armas ha subido hasta la suprema altura que en el Imperio se encierra. Verás siguiendo la guerra que todo en ella es ventura. La ventura de una escala cuelga sin riesgo la vida. tal vez viniendo perdida pasará por ti una bala matándote el compañero y dejándote seguro caerá al foso desde el muro todo un escuadrón entero, y la ventura podrá, á pesar del enemigo, conservarte por testigo de la ayuda que te da. ¿Quién á una posta perdida, blanco de tanto cañón, sino la ventura, Otón, hace que vuelva con vida?

(Sale Octavia.)

El que sin dicha se emplea, ni el coselete grabado, ni el puesto más retirado, ni la militar trinchea darán defensa segura, si una bala se abalanza que á todas partes alcanza. Pues ésta te favorece, usa de ella con valor: el Duque te hace favor; en palacio sólo crece, (del modo que en la milicia) la ventura: en él verás quedarse el mérito atrás y arrinconar la justicia: sólo medra el venturoso. No por esto te aconsejo que del valor, que es espejo para el noble y valeroso, apartes tu juventud; que si en él la dicha manda, mucho más puede cuando anda al lado de la virtud. Dios una y otra te dé para que no degeneres en la ocasión de quien eres.

OCTAVIA. Hijo, llega y te daré los brazos.

OTÓN. Adiós, señora; padre, adiós. Vuestros consejos serán desde hoy mis espejos en que me miré cada hora. (Gilote sale de soldado gracioso.)

GILOTE. ¿Vengo bueno?
GRIMALD. (A Otón.) ¿Va Gilote contigo?

OTÓN. Quiérole bien.
GILOTE. Vo con Otón, que no tién con que pagarme el capote. Soldado soy ya de casta: encomiéndooms mi cortijo.

OCTAVIA. Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta. (Vanse.)

ESCENA VIII

Salen marchando CRISELIO y CÉSARO.

CRISELIO. Decidme otra vez la traza de ese estratagema nuevo; que aunque mi elección la abraza, es extraño y no me atrevo á ejecutalle.

CÉSARO. Esta plaza, con las paces descuidada, mientras que la guerra ignora, segunda vez publicada, no se ha de guardar agora con la prevención pasada. Lo más de la guerra estriba en ardidés é invenciones, que aunque el esfuerzo derriba murallas y torreones, la industria el valor aviva. Por eso es tan estimada la soldadesca de Flandes; porque en su región helada consigue victorias grandes el ingenio, y no la espada. Allí sus gentes inquietas con ardidés cada vez ganan victorias discretas, y como en el ajedrez, se suelen vencer á tretas. Como vuestra valentía á mi ingenio se sujete, fácil, Criselio, sería la victoria que os promete la traza y industria mía.

CRISELIO. Guiarme el Duque ha mandado por vos en esta ocasión, y yo estoy determinado de ver si las letras son hazañas en el soldado. Decid lo que hemos de hacer.

CÉSARO. Que se embosque nuestra gente. Criselio, al anochecer en ese pinar, que enfrente de Monferrato ha de ser su perdición. Cortarán de leña seis ú ocho carros, que á la ciudad llevarán cuatro soldados bizarros á sombra de un capitán,

and en villanos transformados, dándoles franca la puerta de este engaño descuidados, pondrán en viéndola abierta dos de ellos atravesados, y harán luego una señal á la cual acudiremos con dicha y esfuerzo igual, y sin sangre ganaremos la fuerza más principal: con que en llevando en prisión al Marqués y al Conde, puede mostrar, ganando opinión, que á las fuerzas siempre excede el ingenio y la ocasión. CRISELIO. Alto, yo os he de seguir como el Duque me ha ordenado. Si no hay más que prevenir, ya el sol su curso ha acabado; al bosque podemos ir. Veamos si vuestra ciencia tiene en las armas valor.

CÉSARO. Mostrarálo la experiencia.
CRISELIO. (Ap.) Dadme preso al Conde, amor, y gozaréis á Clemencia. (Vanse.)

ESCENA IX

Salen el CONDE ENRIQUE y soldados.

CONDE.

Llegar Tántalo al árbol avariento, y huir la fruta cuando el labio toca; el líquido cristal besar la boca, y burlalle dejándole sediento; á la mesa asentarse el rey hambriento, y cuando apenas el manjar provoca al apetito, ver que el Arpia loca alza los platos y convida al viento. Lo mismo por mí pasa. No sintiera Tántalo el hambre tanto, á no incitalle del árbol la presencia apetecible. Vi á Clemencia y perdila. ¡Ay, suerte fiera! que ver tan cerca el bien, y no gozalle es hacer el tormento más terrible.

ESCENA X

Dichos y ALBERTO, soldado.

ALBERTO. Buena ocasión en las manos te ha ofrecido la ventura: hoy te da la noche oscura á tus contrarios tiranos. En ese pinar están emboscados y seguros, que de tu ciudad los muros esta noche asaltarán. Con ellos fui por espía: una salida no más tienen; vencerlos podrás antes que al sol mire el día. Pega fuego al monte espeso, y entretanto que le abraso tus soldados pon al paso que aseguren el suceso.

Saldrán sus ardidés vanos, y del fuego vengador huyendo, el mismo temor hoy te los pondrá en las manos.

CONDE. ¡Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?

ALBERTO. Tu victoria sea testigo de que la verdad te digo.
CONDE. Si salgo con ella, Alberto, una jineta te aguarda. Abrásese el monte luego. Un amante todo es fuego; no es mucho que el monte se arda á imitación de mi pecho. ¡Oh! ¡quién pudiera abrasar tu ciudad, Duque, y vengar los agravios que me has hecho!

(Vanse.)

ESCENA XI

Salen OTÓN, bizarro, y GILOTE.

OTÓN. Pesárame haber llegado tarde.

GILOTE. ¡Buena flema tienes! ¿A qué fiesta ó boda vienes? ¿Qué mesa te ha convidado?

OTÓN. ¿Hay mesa de más valor que la que la fama envía?

GILOTE. La mesa de una hostería es más barata y mejor. Allí á pasto bebo y como; que aquí en esta mortal venta dan pólvora por pimienta y albondigillas de plomo. ¡Miren qué conejo ó polla! ¡Fuego de Dios en cocina donde es una culebrina la más sazónada olla; alemaniscos manteles los lienzos de una muralla, que intentan desmantelalla pajes de tiros crüeles; sangre el vino que promete á quien su brindis admite, y el postre de su convite confitura de un mosquete! ¿Qué pecados te han traído á la muerte convidado? De tu madre regalado, en tu quinta entretenido, levantándote á las once, y aguardándote al hogar el lomo para almorzar, no en asadores de bronce, como los que usa la guerra; la torreznada con güevos ó los pichones, que nuevos apenas pisan la tierra. Criado entre miel y natas sin haber visto desnuda una espada, ¿quién te muda que así malograrte tratas? OTÓN. El esfuerzo suplirá lo que falta á la experiencia; pues no soy para la ciencia, la guerra me ensalzará.

GILOTE. ¿Qué guerra ¡pese á mi suegra! si en la aldea los disantos nunca esgrimiste entre tantos, una vez la espada negra? No lo echemos á perder; demos vuelta á casa, Otón.

OTÓN. Calla, necio.

ESCENA XII

DICHOS, y salen el CONDE y ALBERTO, desnudas las espadas.

CONDE. La razón de mi amor vino á vencer. Lo que el fuego perdonó ha consumido la espada.

ALBERTO. Victoria ha sido extremada.

CONDE. ¿Criselio está preso?

ALBERTO. No.

CONDE. Dejaríase abrasar, por no verse en mi poder.

OTÓN. ¿Cómo es esto?

GILOTE. Esto es temer, y eso debe ser temblar.

OTÓN. Retírate aquí, sabremos quién son éstos y qué ha sido de Criselio.

GILOTE. Yo he venido á darle cuerda ¹.

OTÓN. Escuchemos.

CONDE. Deja que el campo despoje lo que el fuego no ha deseado, pues es debido derecho de la guerra; y mientras coge el premio de su victoria mi gente, repara, Alberto, en que Clemencia me ha muerto porque viva su memoria. Con esta postrera injuria cerrado habrá la venganza las puertas á la esperanza. Ya no habrá aplacar la furia del Duque, que por no darme el galardón prometido, si en las paces fementido, traiciones vino á imputarme; ¿con agravios verdaderos, quién vencerá su rigor?

OTÓN. ¡Ay, desatinado amor, imposible es socorreros! Oye. El conde de Placencia es este, y he colegido que Criselio está vencido y él adorando á Clemencia. ¡Vive Dios, que he de probar dónde llega mi ventura!

GILOTE. ¿Qué intentas?

OTÓN. La noche oscura preso al Conde me ha de dar.

GILOTE. ¿Estás loco?

¹ En el original y en la reimpression de Doña Teresa de Guzmán está este pasaje así, pero Hartzenbusch lo corrigió acertadamente:

ALBERTO. Yo he venido á darte cuenta.

OTÓN. Solos dos son cual nosotros; ¿qué espero?

GILOTE. Yo, Otón, no soy más que cero que nada valgo. Por Dios, que no des triste viudez á mi Torilda.

OTÓN. Importuno, si eres cero y yo soy uno, contigo valgo por diez. Enrique, daos á prisión. (Al Conde.) ¿Qué es esto?

CONDE. ¡Ay, Torilda mía!

GILOTE. No hay Gil desde aqueste día; tocas de viuda te pon.

CONDE. ¿Quién eres tú que arrogante á tal locura te atreves?

OTÓN. Después que mi esfuerzo pruebes sabrás quién tienes delante.

CONDE. ¿Eres Criselio?

OTÓN. No tengo la experiencia militar que le ha venido á ilustrar; pero con más dicha vengo. Date á prisión, ó prevente si no temes mi valor.

ALBERTO. Dale la muerte, señor, mientras que llamo tu gente; que pues habla confiado, no viene solo. (Vase Alberto.)

GILOTE. ¡Buen modo de huir! Tras él me acomodo.

CONDE. Si del Duque eres soldado, déjale y mi campo sigue, que yo capitán te haré.

OTÓN. A la lealtad que heredé no hay interés que la obligue, que en mi vida fui traidor. Date. (Pelean, y pierde el Conde la espada.)

CONDE. La espada he perdido y en un brazo me has herido: mostrado has bien tu valor. Esto basta; no me lleses al Duque, y pide el rescate que gustares.

OTÓN. Disparate es que con el oro pruebes mi lealtad. Allá has de ir preso, ó quedar sin vida aquí.

GILOTE. Valiente revés le di: cortéle el brazo hasta el güeso.

CONDE. ¿Eres noble?

OTÓN. Y caballero.

CONDE. ¡Cielos! ¡después de la gloria de tan felice victoria, tal azar! Tu prisionero soy; haz, soldado famoso, de mí lo que más gustares.

OTÓN. Todo es encuentros y azares la guerra: sufre, animoso. Ata á la herida este lienzo y esta banda aplica al brazo; que cortés rendirte trazo, ya que en las armas te venzo. Y en ese caballo mío sube; que en el de este irá.

GILOTE. Heme aquí ginete á pie.

Lleve el diablo el desafío.

CONDE. Tu noble y hidalgo trato, aunque enemigo, me obliga á que envidioso te siga. ¡Que á vista de Monferrato me haya preso un hombre solo!

OTÓN. Tu gente temo que venga y corro en que me detenga peligro si sale Apolo. Vamos.

CONDE. ¡Ingrata Clemencia!

GILOTE. Cuando me quite la vida tu padre, por bien perdida la juzgaré en tu presencia.

OTÓN. Si con él soy de provecho, no tengas de eso temor.

GILOTE. ¿Qué dices de mi valor?

OTÓN. ¡Bravamente lo hemos hecho!

GILOTE. ¿Tú?

OTÓN. Yo, pues.

GILOTE. ¿Detrás de mí, cobarde, no te ponias?

OTÓN. Siendo cero así tenias todo el valor que te di; si no júzgalo tú mismo. ¿Cuando el cero va detrás no vale el número más?

GILOTE. Valiente eres.

OTÓN. En guarismo.

GILOTE. Gran lebrón eres, Gilote.

CONDE. ¿Victorioso y prisionero, cielos?

GILOTE. Llámame tu cero; que á fe que ha habido cerote. (Vanse.)

ESCENA XIII

Salen el DUQUE, CLEMENCIA, ROSELA y CLAVELA.

DUQUE. No temo infeliz suceso de esta guerra, pues me ampara la justicia cierta y clara del agravio que confieso. Buen general señalé: vencedor Criselio ha sido mil veces del fementido Marqués, y si aseguré su valor con la prudencia de César, cuerdo y sabio, ¿quién duda que de mi agravio, he de quedar satisfecho?

CLEMEN. Y más cuando te asegura, señor, de Otón la ventura.

CLAVELA. Ya el Conde estará deshecho.

DUQUE. Esta es la hora que vienen triunfando á Mántua los tres, y, presos Conde y Marqués, por mí á Monferrato tienen.

ROSELA. De mi hermano no hay dudar siendo César, que presume juntar la lanza á la pluma y vencer como estudiar.

DUQUE. Si él con la victoria sale con Criselio os casaré.

CLAVELA. (Ap.) ¡Ay, cielo!

DUQUE. Y conde le haré de Regio, para que iguale el estado á su valor.

ROSELA. Eres Gonzaga; no puedes hacer menores mercedes.

CLAVELA. (Ap.) Si le pierdo vencedor, hazed que vuelva vencido: no le deis ayuda, cielos; salidle al encuentro, celos, pues yo de seso he salido.

ESCENA XIV

DICHOS. Salen marchando destempladas las cajas, CÉSARO y CRISELIO, de luto.

CRISELIO. (De rodillas.) Esta es la primera vez, invicto duque de Mántua, que, vencido, tus pies beso, que Enrique pisa tus armas. No atribuyan á descuidos, desorden, culpables faltas ó impericia militar tu daño y nuestras desgracias, sino á la ciega fortuna, que en las guerras y privanzas por parecer más hermosa quiere mostrarse más varia. Disteme por compañero á César, con quien mandas que estratagemas consulte, pida ardidés, siga trazas. No digo yo (aunque pudiera) la diferencia y distancia que hay del arnés á la joya, de la borla á la celada; cuán mal que se compadecen hojas de libros y espadas, ejércitos con esquelás y cátedras con murallas; pero diga la experiencia lo que hay de obras á palabras, de las plumas á la pluma, de argumentos á batallas, que si ejemplos testifican, el presente, Duque, basta, pues por seguir á las letras vuelven vencidas las armas.

CÉSARO. No echas la culpa al ingenio, Criselio, cuyas ventajas á tu pesar reconocen las fuerzas más celebradas. Cátedras lee la milicia que universidades pagan, y á especulación reducen experiencias practicadas. Mi parecer fué ingenioso, y si á ejecución llegara, Monferrato y su Marqués fueran proverbio en Italia. Di tú que no bastan ciencias, que peine el consejo canas, que asalte el esfuerzo muros, que arroje el enojo balas si no asiste la ventura; porque la vez que esta falta, ni Pompeyo entre legiones,

ni Marco Antonio entre armadas
á la fortuna del César
se opondrán, que en una barca
del miedo, asegura á Amiclas
y atrevido el mar contrasta.
Mandéte emboscar la gente
para que al cuarto del alba,
ganando al Marqués las puertas
diesen al valor entrada.
Dió la fortuna envidiosa
de este ardid cuenta á la fama;
contóselo al enemigo,
que el monte y la genta abrasa,
y por él peleando el fuego
la victoria á voces canta,
no el esfuerce, la ventura;
no el valor, sino las llamas.
Si no fuimos venturosos,
no culpes las letras sabias
que ponen Marte y Minerva
sobre sus cabezas.

DUQUE. Basta.
Vencidos venís los dos;
las letras sin manos hablan,
el valor obra sin lengua,
uno Ulises y otro Ajax;
pero los dos sin ventura.
La elocuencia y la arrogancia,
las armas junto á las letras,
decís bien, no valen nada.
Volvéos, César, á los libros;
abogad, sentenciad causas,
que no es bien paséis la pluma
de la mano á la celada.
De vuestro centro os saqué,
y fuera de él pesa el agua,
no traen armas los juristas:
con sólo un fallamos matan.
¿Qué es de Otón?

CRISELIO. No sé si afirme
en su afrenta ó alabanza
que el temor y la ventura
previnieron su tardanza.
No fué al campo.

DUQUE. Yo lo creo,
que si en él Otón se hallara
salieran con la victoria
su valor y mi venganza.

CÉSARO. ¿La victoria un ignorante
que en su vida ciñó espada?

DUQUE. Mejor sois para fiscal
que para soldado. Basta.

ESCENA XV

DICHOS. Tocan cajas, y sale OTÓN, bizarro, y el
CONDE ENRIQUE, sin armas y con banda.

OTÓN. (Al Duque.) Atribuye á mi ventura
y no al valor que me falta
el ofrecerte, señor,
á Enrique preso á tus plantas.
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras:
tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa;

hallé al Conde que con otros
su victoria celebraba;
pedí ayuda á mi fortuna,
y de suerte me acompaña,
que en fin, vine, vi y venci.
Por relación esto basta,
y por premio de mis dichas
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que eres Gonzaga,
y que el valor resplandezca
en ti más que la venganza.
En tu poder está el Conde:
el que es generoso paga
agravios con beneficios;
perdónale si te agravia.

DUQUE. A vuestras cortas razones
y á vuestras hazañas largas,
con largos premios prometo
juntar cortas alabanzas.
Mi honor os debo dos veces:
vencido habéis otras tantas
á Enrique y restituido
á su ser mi antigua fama.
Pues me dais un Conde preso,
bien será que Conde os haga:
Conde sois de Val Hermoso.

OTÓN. Esclavo tuyo me llama.
DUQUE. Criselio, el bastón os vuelvo,
y pues la dicha acompaña
á Otón, seguid su ventura;
que mientras César trata
en mi tribunal de pleitos,
si al valor la dicha ensalza,
valor tenéis y Otón dicha:
restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO. Castigando, señor, premias.
Si avergüenzan tus palabras,
tus mercedes dan valor:
justamente á Otón levantas.
Con su feliz compañía,
ni temo suerte contraria,
ni enemigo poderoso,
ni empresa con que no salga.

DUQUE. Conde, á intercesión de Otón,
debajo vuestra palabra,
la ciudad tened por cárcel
sin prisiones y sin guardas.

CONDE. Yo la doy, y á tu grandeza
rindo las debidas gracias,
deseoso que sin ira
de mi amor te satisfagas.
(Ap.) ¡Dichosa prisión, si estoy
en presencia de mi dama.
Amor, más cierto anduvieras
si libertad la llamaras.)

CLEMEN. ¿No me habláis, Otón?

OTÓN. Señora,
poco agradece quien habla.
La suspensión siempre mira,
la obligación siempre calla;
por vos tengo el bien que tengo.

CLEMEN. Ya sois Conde.
OTÓN. Serme basta
esclavo vuestro.

CLEMEN. Yo haré
que envidien vuestra privanza.

CLAVELA. (Ap.) Pues no se casa Rosela
con mi Criselio, esperanzas
dalde, pues vuelve vencido,
pésame no, alegres gracias.

CÉSARO. (A Otón.) El nuevo título goce
vue señoría, edad larga.

OTÓN. ¡Oh, señor gobernador!
pésame de sus desgracias.
Si hay en que pueda servirle
(no hacer placer, que es hidalga
siempre en mí la cortesía)
acudiré con el alma.

ROSELA. No doy á vuestra excelencia
el parabién de turbada
con el encarecimiento
que debe quien tanto le ama.

OTÓN. ¡Oh, hermosa Rosela! ya
llegó la hora deseada
en que esté en vuestro servicio;
y á Otón honre vuestra casa;
pues sirviéndoos de la mía,
mientras que condesa os llama
un título, vuestro esposo,
y el Duque, con él os casa,
por dichoso me tendré,
no en que si se ofrece, os haga
cualquiera comodidad,
que fuera poca crianza,
sino que como señora,
me mandéis.

ROSELA. (Ap.) Dióme en el alma.

CÉSARO. (Ap.) ¿Que se anteponga á mis letras
de este modo la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!

ROSELA. (Ap.) La envidia el pecho me abrasa.

CÉSARO. (Ap.) A quien le sobra ventura,
el saber poco le basta.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen CLEMENCIA y CLAVELA.

CLEMEN. ¿De mí, en fin, estás quejosa?

CLAVELA. Mi amor te lo certifica.
La voluntad te halla hermosa,
el interés te ve rica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversación,
y así de Criselio siento,
si tantos tus dotes son,
que intenta tu casamiento.
En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido,
victorioso, si soldado,
y si galán, preferido:
luego es cierto mi cuidado.

CLEMEN. Otro, Clavela, es el mío,
del tuyo tan diferente,
que le juzgo á desvario.
Nunca de amor que es pariente
lograr esperanzas fio.

¡Ay, prima mía! ¡qué extrañas
somos las mujeres!

CLAVELA. ¿Pues?

CLEMEN. Porque sepas si te engañas...
¿Ves mi libre desdén? ¿ves
mis rigurosas entrañas?
¿lo que al conde de Placencia
aborrecí poderoso?
¿lo que temí su presencia,
pues por no verle mi esposo
ni mi gusto en contingencia,
el robo y fuerza fingí
que no llegó á ejecución,
y con mi padre mentí
vanas hazañas de Otón?

CLAVELA. Yo, prima, supe de ti
el aviso que tuviste
del Conde, tu amor ingrato;
que su venida supiste,
y que de su torpe trato,
al bosque turbada huiste;
el buen proceder de Otón;
el por qué te disfrazaste,
y por anticipación
que al conde Enrique imputaste
la no gozada traición:
¿hay más que añadir á eso?

CLEMEN. A Enrique desheredado;
á Enrique sin padre y preso,
sin amigos, sin estado,
y estoy por decir sin seso;
á Enrique que aborrecí,
porque lo que soy publiques,
á Enrique ya pobre...

CLAVELA. Sí.

CLEMEN. Pues á Enrique...

CLAVELA. ¿Hay más Enriques?

CLEMEN. Prima, quiero más que á mí.

CLAVELA. ¿A quién tu afrenta intentó?

CLEMEN. No sé que eso verdad sea.
Sé que quien me lo contó
me amaba, y que amor se emplea
en engaños.

CLAVELA. Bien sé yo
de las muestras de afición,
con que más Enrique siente
tu desdén por su prisión,
que cualquier fama desmiente
que desdore su opinión.
Pero hale el Duque quitado
el estado que tenía;
murió su padre cercado,
sin que un pueblo en Lombardia
de tantos le haya quedado.
Si rico fué aborrecido,
no sé como pueda ser
cuando tan pobre, querido.

CLEMEN. Hazañas son del poder,
á Dios siempre parecido.
Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto le estima,
no es mucho; ni que á un rubí
ó un diamante que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento,
y realce su labor;

pues halla, en fin, fundamento el trabajo en su valor. Mas de una materia baja hacer una pieza noble, un escritorio, una caja, una imagen, que de un roble, al oro puro aventaja, esa es majestad guardada á Dios sólo y al poder, que con grandeza elevada se autorizan con dar ser y valor á lo que es nada.

Esto mismo hacer procura mi amor, pues porque á luz saiga su poder y mi hermosura, busca un marido que valga, prima, no más que la hechura.

CLAVELA. Mis celos has satisfecho, pues esa hechura saldrá á tu gusto y mi provecho.

CLEMEN. Mi hechura sólo valdrá si hago al Conde ya desecho.

CLAVELA. Rosela sale.

CLEMEN. Pues anda, y no temas que por mi pierda tu amor su demanda; que á mi Enrique el alma di, si bronce, ya cera blanda.
(Vase Clavela.)

ESCENA II

CLEMENCIA Y ROSELA.

ROSELA. En busca de vuestra alteza me trae, señora, un cuidado que ocasiona mi tristeza.

CLEMEN. Como sea enamorado, á comunicarle empieza; que los de una facultad alivian su mal mejor.

ROSELA. Es, gran señora, verdad. Mas ¿paga tributo á amor vuestra alteza?

CLEMEN. Voluntad tengo á quien aborrecía. Decirme la tuya puedes mientras yo callo la mía.

ROSELA. Segura con las mercedes que me has hecho desde el día que entré en palacio, quisiera, si de mí te satisfacés...

CLEMEN. ¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA. Que fueses en unas paces, gran señora, medianera.

CLEMEN. ¿Con quién los enojos son?

ROSELA. Días ha que he sido amada con reciproca afición, aunque agora mal pagada de Otón.

CLEMEN. Luego ¿sabe Otón querer?

ROSELA. Ninguno lo ignora; ni él tan venturoso fuera si no amara, gran señora.

CLEMEN. Bien dices. La planta y fiera, por dar fruto se enamora.

ROSELA. Cuando alcancé tu privanza, le traté con menosprecio, y con ingrata mudanza le llamé ignorante y necio; porque llegó mi esperanza á prometerse por sí dar la mano á un potentado; que aunque plebeya nací, como mi hermano ha llegado á tanta dicha, creí subir donde mi ambición pretendió desvanecida. Sintió mi desdén Otón, y despreciado, me olvida.

CLEMEN. Agravios y celos son espuelas con que amor vuela, aunque un desprecio es bastante á apagar llamas, Rosela.

ROSELA. De un hombre tan ignorante, que aún no le admite la escuela, ¿quién pensara tal ventura?

CLEMEN. ¿Mujer eres de pensé-que? Desdicho has de tu cordura. Ahora yo haré que se trueque el aspereza en blandura de Otón; que si te ha querido y otra vez el fuego atizas, que amortiguaste ofendido, mientras duran las cenizas, no ha muerto al fuego el olvido. Yo despertaré sus llamas.

ROSELA. El viene, porque procures mi paz.

CLEMEN. Si cuerda te llamas, ni en pensé-ques te asegures, ni desprecies á quien amas.
(Vase Rosela y sale Otón.)

ESCENA III

CLEMENCIA Y OTÓN.

OTÓN. Aguardando el Duque queda á vuestra alteza.

CLEMEN. Y yo á vos.

OTÓN. ¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMEN. Conde, ¿no muestra ser Dios amor con vos, que se hospeda en el más rústico pecho como en el alma más rica?

OTÓN. No soy para él de provecho; mas á la guerra se aplica mi inclinación.

CLEMEN. Ya habéis hecho en ella alarde capaz del valor que en vos se encierra; pero ya que es todo paz y se ha acabado la guerra, cuando reina amor, rapaz, ¿en qué soléis ocupar el tiempo?

OTÓN. Pues el más largo, ¿no es corto para pensar lo mucho que os soy á cargo y no he de poder pagar?

CLEMEN. Vos, ¿qué me debéis á mí?

OTÓN. Todo el ser que me ha ilustrado:

la privanza á que subí; el haberme acreditado, fingiendo que yo vencí al conde Enrique; el sacarme de una granja al cargo honroso con que he venido á ilustrarme, y el haberme hecho dichoso: ¿qué es lo más que podéis darme?

CLEMEN. La dicha que es con exceso, es deuda al cielo debida: yo no tengo parte en eso. Fingi de Enrique la huída; mas trayéndole vos preso, bien habéis beneficiado lo que dije en profecía; el título que os ha dado mi padre á intercesión mía, vuestro esfuerzo le ha ganado. Antes os soy tan deudora, que si es la paga mejor la que el amor atesora, os he de hacer acreedor de un alma, Otón, que os adora.

OTÓN. ¿A mí, señora?

CLEMEN. Y tan bella, como la imaginación, transformada, Otón, en ella os dió en alguna ocasión ánimo para querella.

OTÓN. Si no es que de mí os burláis, no sé, señora, á qué fin mi libertad inquietáis. No os entiendo.

CLEMEN. A hablar latín no es mucho no me entendáis. Yo en mi vida tuve dama.

CLEMEN. Pues hartas obligaciones á la que su dueño os llama tenéis: de aquestas razones sacad quién es la que os ama.

OTÓN. ¿Yo obligaciones de amor?

UN PAJE. (Sale.) El Duque á llamar envía á vuestra alteza.

OTÓN. (Aparte.) Temor, refrenad á la osadía.

CLEMEN. Para sabello mejor id esta noche al terrero, que hablando, Conde, conmigo, con ella hablaréis.
(Vanse Clemencia y el Paje.)

ESCENA IV

OTÓN.

¿Qué espero?

Imaginación, si os sigo; imitar Faetones quiero. ¡Válgame Dios! ¿Si madama, para ensalzar mi ventura de todo punto, me ama? Mas ¿qué bárbara locura, necio pensamiento, os llama? ¿Yo de Clemencia? ¿yo amado de quien el sol puede ser, no original, su traslado? Mas ¿no es Clemencia mujer?

¿Qué imposibles no ha allanado del amor el real decoro? Dicha, de mi parte os hallo; hombre soy, no la enamoro como á la asiria el caballo, ó como á Pasife el toro. Refrenaos, lengua habladora, y no ofendáis tal valor. Pero ¿no me dijo ahora:

«os he de hacer acreedor de un alma, Otón, que os adora?» Mas ¿por fuerza ha de ser ella? Si, que «mi imaginación transformada (dijo) en ella me dió tal vez ocasión y ánimo para querella.» Si el ánimo es menester, cierta es la dificultad.

Animo para querer, si no es para su beldad, ¿para qué otra puede ser?

Pero, imaginación necia, ¿quién vuestra virtud contrasta? Clemencia á Enrique desprecia,

y con ella no fué casta Penélope ni Lucrecia.

Mas si me dijo madama «pues hartas obligaciones á la que su dueño os llama tenéis, de aquestas razones sacad quién es la que os ama».

¿Yo á quién tengo obligación sino es sólo á su hermosura?

¿quién ha sido la ocasión de mi envidiada ventura sino sola su afición?

Pues si de aquí sacar quiero mi dama, que es ella digo.

«Id esta noche al terrero, que hablando, Conde, conmigo, con ella hablaréis.» Grosero soy, pues en esto reparo.

Si ha de hablar mi dama en ella ¿qué dudáis, ingenio avaro?

«Conmigo, hablaréis con ella»; ¿pudo decillo más claro?

Ea, confusión oscura, pues ánimo es menester, el ánimo me asegura el ser Clemencia mujer.

y lo que es más, mi ventura. (Vase.)

ESCENA V

Salen CLEMENCIA y el DUQUE, su padre.

DUQUE. Yo, Clemencia, haré por ti lo que me pides.

CLEMEN. A Otón

casarle será razón; palabra á Rosela di de suplicarte por ella.

DUQUE. Bien; con Otón casará,

y él en Rosela tendrá esposa discreta y bella.

Dotaréla de mi mano, porque tú la quieres bien,